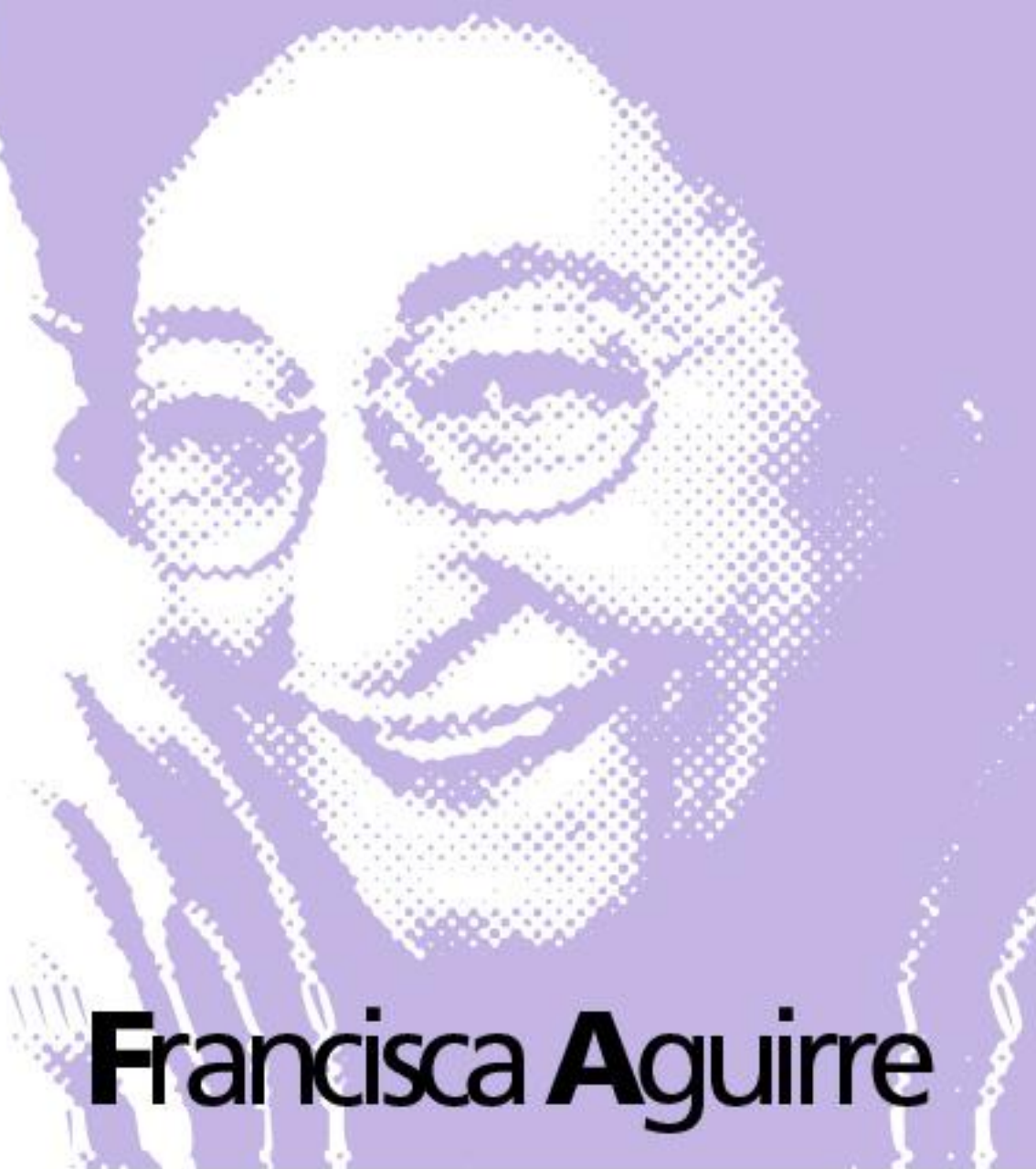


Entre los poetas míos...



Francisca Aguirre

CON el título genérico “Entre los poetas míos”, venimos publicando, en el mundo virtual, una colección de cuadernos monográficos con los que deseamos contribuir a la divulgación de una poesía crítica que, bajo diversas denominaciones (“poesía social”, “poesía comprometida”, “poesía de la conciencia,...”) se caracteriza por centrar su temática en los seres humanos, bien sea para ensalzar sus valores genéricos, o bien para denunciar los atropellos, injusticias y abusos cometidos por quienes detentan el Poder en cualquiera de sus formas.

Poesía ésta que no se evade de la realidad, sino que incide en ella con intención transformadora. Se entiende por ello que tal producción y sus autores hayan sido frecuentemente acallados, desprestigiados, censurados e incluso perseguidos por dichos poderes dominantes. Se trata, en fin, de una poesía, rebelde, teñida por el compromiso ético de sus autores.

Los textos aquí incorporados proceden de muy diversas fuentes. Unos de nuestra biblioteca personal, otros de Internet.

La edición digitalizada de estos cuadernos poéticos carece de toda finalidad económica. No obstante, si alguien se considera perjudicado en sus legítimos derechos de propiedad intelectual, rogamos nos lo haga saber para que retiremos los textos cuestionados.

Entre los poetas míos...

Francisca Aguirre

Francisca Aguirre es una escritora española nacida en Alicante el 27 de octubre de 1930. Procede de una familia de artistas. Su padre fue el pintor Lorenzo Aguirre, su marido es Félix Grande, importante poeta español, y con él tiene una hija también escritora: Guadalupe Grande.

A Francisca le tocó pasar la niñez y la juventud en plena guerra civil y una postguerra sumamente duras. A finales de 1940 su padre fue encarcelado, siendo ejecutado por la dictadura franquista en 1942.

Tanto Francisca como sus hermanas fueron rodando por distintos colegios de monjas para hijos de presos políticos. Las tres niñas pudieron finalmente reagruparse con su abuela materna en la casa que alquiló y en la que Francisca sigue viviendo.

La Guerra Civil y la muerte de su padre marcaron para siempre su vida y la vida de toda su familia. Empezó a trabajar a los 15 años y lo hizo en la industria privada desde 1945 hasta 1963, pero nunca abandonó su profunda formación autodidacta. Se hizo socia del Ateneo de Madrid y empezó a acudir a distintas tertulias literarias, por un lado la tertulia poética del Aula Pequeña del Ateneo, dirigida por el poeta José Hierro, y por otro la tertulia teatral del Café Gijón liderada por el dramaturgo Antonio Buero Vallejo. En 1957, en una de las sesiones de la Tertulia del Aula Pequeña del Ateneo, conoció al poeta Félix Grande, con el que se casó en 1963. En 1965 nació la hija de ambos, Guadalupe Grande, también poeta.

En otra de las tertulias conoció al poeta Luis Rosales quien, a partir de ese momento, se convirtió en un maestro de vida y pensamiento. Éste le pidió que formase parte del equipo de redacción del diccionario enciclopédico que dirigía junto a Dámaso Alonso. Aunque no había dejado de escribir poesía, la influencia de estos grandes de la literatura la llevará a quemar su obra anterior y escribir el libro de poemas *Ítaca* con el que obtuvo en 1971 el premio de poesía Leopoldo Panero. A partir de 1971 trabajó en el Instituto de Cultura Hispánica como secretaria de Luis Rosales. En 1977 recibe el premio Ciudad de Irún por su libro *Los trescientos escalones*. A partir de ahí no dejó de publicar y recibir premios, de los que citaremos los siguientes:

- Premio Leopoldo Panero, 1971
- Premio Ciudad de Irún, 1976
- Premio Galiana, 1994
- Premio Esquíó, 1995
- Premio María Isabel Fernández Simal, 1998
- Premio de la crítica valenciana al conjunto de su obra, 2001
- Premio Alfons el Magnànim, 2007
- Premio Internacional Miguel Hernández, 2010
- Premio Nacional de Poesía, 2011

Con un estilo sencillo y elegante, emotivo e intimista, la autora nos habla de sus recuerdos, de la naturaleza, del amor, de la vida, de los objetos que tenemos a nuestro alrededor sin apercibirnos de su existencia, con un lenguaje rico teñido de cierta tristeza.

El valor de la obra poética de Francisca Aguirre ha merecido que sus libros hayan sido traducidos al inglés, francés, italiano y portugués, entre otras lenguas.



Apuesta

Somos tan sólo el ansia de lo que nunca fuimos;
somos tan sólo esa punzada que nos llega
puntual como un eclipse de sol
y nos apaga durante unos segundos;
somos la apuesta que nunca arriesgamos,
la alegría a que no nos atrevimos
y el llanto, el miedo, el miedo siempre:
miedo incluso de esta nostalgia que nos acompaña,
miedo de que nos avasalle y nos destruya,
ahora,
cuando ya es tiempo de asumir esta nada.

De: Ensayo general: poesía completa, 1966-2000

Cementerio

Tiene también la sangre sus revoluciones,
sus líderes y demagogos
que arengan al pueblo de las ansias
congregado en el corazón.

Tiene también la sangre sus masacres
—en nombre de oscurísimas razones—,
en las que mueren tantos inocentes:
los de pequeña voz, los tímidos
que no saben exponer sus deseos;
menos aún, imponerlos.

Mueren entre las venas, y de manera irrevocable,
lo mismo que acontece entre la historia.

Muere toda una grey de tristes oprimidos, pero
en la espantosa servidumbre del reemplazo
sucumben a su vez los opresores
sin que exista un recodo, un breve hueco
en que dejar sobre una lápida
constancia de su paso.

En la anónima fosa de la sangre
yacen mezclados víctimas y verdugos;
y en las terribles horas de la comprensión
qué imposible resulta distinguir
del corrompido olor de la esperanza degollada
el agrio aroma de sus asesinos.

De: Ensayo general: poesía completa, 1966-2000

Cuando recuerdo que una vez fui niña

A Esperanza y Manolo Rico

Cuando recuerdo que una vez fui niña
se me suele caer algún objeto;
unas veces la cosa tiene arreglo:
basta con agacharse y recoger del suelo
un libro, algún zapato, quizás una carpeta.

Otras veces la historia acaba en muerte súbita:
un plato menos, un florero, un vaso.

Yo recuerdo mi infancia y no sé cómo
casi siempre termino recogiendo escombros.
Claro que, en ocasiones, esos escombros brillan:
las migajas de duralex tienen algo muy parecido a las burbujas
que les da un cierto aire de bisutería;
en cambio, los pedazos de porcelana
lo primero que muestran son los bordes
y un como avergonzado desconcierto;
el cristal, por su parte, siempre es joya,
el destrozo no altera su hermosura,
un pequeño fragmento, una mínima esquirla,
mantiene inalterable el fulgor de la transparencia.

Suelo inclinarme entonces con ternura
y recoger despacio, uno por uno,
esos frágiles testimonios de un vacío,
de una oquedad vibrante y misteriosa
que una vez albergó flores y aroma.

A veces la recolección acaba en sangre,
lo intangible de vez en cuando corta.
Y ese corte produce en mí una quieta angustia,
una extrañeza amortizada en llanto
y un repentino amor hacia mi vida,
mi testaruda vida consecuente,
tan repleta de dichas y de espantos,
tan pegada a los huesos de mi cuerpo,

tirando del vivir sin darse tregua,
sin quererse parar por si el tiempo la vence.

En momentos así,
entre trozos de porcelana y flores secas,
entre restos de fuegos fatuos
levemente apagados por el polvo,
me gusta echar la vista atrás y ver
paisajes y canciones y aguaceros,
mañanitas al borde de la playa,
la niña que yo fui jugando al corro con mi hija,
haciéndole las trenzas y recordando historias
que me contaba a mí mi abuela.

Por un momento todo vive junto:
mi asombro frente al mar allá en Levante,
la radiante alegría de mi hija
entre las verdes aguas de la Isleta del Moro,
y el sobresalto náufrago y absorto
de los ojos de Félix en Cantabria,
mirando sin creer lo que veían
en el atardecer de El Sardinero:
un mar tan desmedido como el Tiempo.

Hay que ver lo que puede florecer en nuestro corazón
un día cualquiera, una mañana como tantas,
una de esas mañanas en que de pronto,
sin motivo, sin causa, recordamos
que hace ya mucho tiempo tuvimos una infancia.

Y el hermoso jarrón se nos escapa de las manos
y vemos en el suelo un arcoíris de luz diseminada.
Pero en cada fragmento tiembla y huele
el aroma de un tiempo deslumbrante.
Un tiempo que murió para ofrecernos
este dolor que nos abriga y nos consuela ahora.

(De: La berida absurda)

Desde fuera

¿Quién sería el extraño que quisiera
conocer un paisaje como éste?
Desde fuera, la isla es infinita:
una vida resultaría escasa
para cubrir su territorio.
Desde fuera.

Pero Ítaca está dentro, o no se alcanza.
¿Y quién querría descender al fondo
de un silencio más vasto que el océano?
Silencio son sus habitantes,
silencio y ojos hacia el mar.

Desde fuera
las aguas son caminos
—desde la playa son sólo frontera—.
¿Y quién sería el torpe navegante
que entraría en un puerto sin faro?

Desde fuera, los dioses nos contemplan.

Desde aquí, no hay un pecho
capaz de cobijarlos:
los dioses son palabras; con el silencio, mueren.

¿Alguna vez la isla fue distinta?
Quién lo puede saber desde el aturdimiento.
Sin palabras, sin dioses, Ítaca es sólo el mar.

Fuente: Poemas del alma: Poemas de Francisca Aguirre

Desmesura

A Javier Statié

Dijo que no. Y el Tiempo se quedó sin tiempo.
Luego, la vida hizo una pausa
y todo pareció recomponerse
como esos acertijos infantiles
en los que sólo falta una palabra,
una palabra necesaria y rara.
Pero dijo que no. Cerró los labios
y escuchó el gorgoteo de las sílabas
luchando por vivir a la intemperie.
Dijo que no. Y el tiempo oyó el silencio.
Luego, la vida hizo una pausa.
Y todo fue distinto: el dolor fue
más cauto, más sensato,
la lujuria lloró en su madriguera.
Y el tiempo inauguró sus máscaras:
hubo un pequeño espanto en los rincones,
temblaron los espejos agobiados
defendiendo impotentes el azogue.
Los pájaros callaron esa tarde
y la luna brilló blanca y sin manchas.
Ardió la noche como vieja tea
con la absurda avaricia de la muerte,
con su luto distante y pegajoso,
y un rencor resabiado y carcomido
descargó como lluvia en el desierto.
Entonces, sólo entonces,
oyó a su corazón ladrando
y se volvió despacio a los espejos
y los vio tiritar con mucho frío
y pedir compasión desde su escarcha.
Y no supo qué hacer con tanta desmesura:
cerró los labios y escuchó al silencio.

Fuente: Blog Vivir-poesía.com

El préstamo

A Esperanza y Manuel Rico

Apenas si veía pájaros.

Se oían voces y ruidos de vasos,
y una música triste, derrumbada,
una canción distinta, pero intensa.
Todo se hallaba absurdamente detenido
dentro de una burbuja de desdicha,
de distancia sin aire, de muralla de hielo.

Y la niebla besaba largamente
aquel rincón del mundo en que te hallabas,
aquella esquina mísera y absurda
desde la que mirabas hacia fuera,
hacia un lugar inhóspito y aislado,
un sitio que te rechazaba,
donde tú no existías,
donde nadie entendía tus palabras,
un sitio en donde sólo se podía llorar,
llorar como esa niebla que todo lo cubría.

Como una gasa vieja
aquel opaco manto te ocultaba
detrás de los cristales.
Allí, lejos del sol y falta de tu idioma
tu acorralada infancia descubrió
el castigo del abandono.

Cayó la noche sobre las aceras
como un charco de tinta:
apoyaste la frente en los cristales
y lloraste despacio en español.
Unos niños cantaban a lo lejos:

'Au clair de la lune/
mon ami Pierrot/
prete moi ta plume/
pour écrire un mot'.

Y con la pluma que ellos te prestaron
has venido escribiendo sin reposo
la palabra tristeza.

Fuente: Poemas del alma: Francisca Aguirre

El extraño

Hay un extraño que visita mi hogar.
Viene a las mismas horas en que él solía venir.
Habla un parecido lenguaje, aunque con acento distinto.
No sé de dónde viene, cuánto tiempo piensa quedarse.
Me trata con afecto y a veces con ligero cansancio.
Le preocupan mis cosas —sabe mucho de mí—.
Pienso que debe ser amigo suyo,
pero sin duda es un amigo desleal:
presiento que lo odia.
A mí me asusta todo esto.
No sé cómo lo he de tratar,
cómo habré de decirle que no es ésta su casa.
No quisiera llegar a ofenderlo:
hay demasiado parecido en él con el otro, que amo.
Y cuando está callado hasta yo misma los confundo.
Estoy muy asustada:
tengo miedo a que se quede para siempre.
Porque si éste se queda
yo sé que nunca más volverá el otro.)

(De Ítaca)

El último mobicano

No tuve nada, y sin embargo, de algún modo,
comprendo que lo tuve todo
no teníamos nada, nada, salvo el miedo, el dolor,
el estupor que produce la muerte.
Cuando mataron a mi padre, nos quedamos en esa zona
de vacío que va de la vida a la muerte
dentro de esa burbuja última que lanzan los ahogados,
como si todo el aire del mundo se hubiese agotado de pronto,
ahí nos quedamos, como peces en una pecera sin agua,
como los atónitos visitantes de un planeta vacío.
Nada teníamos, aunque también es cierto que ya nada queríamos.
Recuerdo bien que a mi hermana Susi y a mí
nos dieron la noticia en el cuarto de aseo de aquel colegio
para hijas de presos políticos.
Había un espejo enorme y yo vi la palabra muerte
crecer dentro de aquel espejo hasta salir de él y alojarse
en los ojos de mi hermana
como un vapor letal y pestilente.
Nada ha logrado hacerme olvidar aquellos ojos
salvo algunas horas de amor en que Félix y yo éramos
dos huérfanos, y el rostro milagroso de mi hija.
Y nada más tuvimos durante mucho tiempo
pero mamá tuvo menos que nadie,
mamá quedó como un espejo sin azogue,
lo perdió todo, salvo un hilo delgado que la unía a nosotras.
Y por aquel inconcebible puente, como tres hormiguitas, íbamos y
veníamos a su estatua de vidrio restituyéndole el azogue.
Volvió a nosotras desde el país del hielo.
Y volvió tan absolutamente, que gracias a ella, nosotras,
que nada teníamos, lo tuvimos todo.
Mamá fue nuestro esparzo nuestro guerrero del antifaz, el país de
las hadas, la abundancia dentro de la miseria,
nuestro mejor amigo, nuestro escudo contra los moros,
la enamorada de las bellas artes,

la que hizo posible que papá no muriera,
la que lo fue resucitando en cada uno de sus cuadros.
Mamá fue quien nos dijo que mi padre admiraba a los griegos,
que adoraba los libros, que no podía vivir sin la música,
y que fue amigo de Unamuno.
Cierto que no tuvimos nada.
Que muchas veces nos faltaba todo
Pero aunque algunos días no comimos,
tuvimos una radio para oír a Beethoven.
Y un día de reyes de 1944 mamá y los tíos fueron al Rastro.
Nos compraron tres libros: La Cuesta encantada, Nómadas del Norte
y el último mohicano.
Dios sabe cuántas veces habré leído esos libros.
Mamá nos trajo El último mohicano. Y de la mano de ese
indio solitario entramos en el mundo de lo maravilloso.
Y lo tuvimos todo para siempre.
Y ya nadie podrá quitárnoslo.

Escuchado en Yo Tube
Lectura poética de Francisca Aguirre.

En defensa del aire

Debemos al oxígeno la vida. Y al aire,
que la sangre ría alegre.
No puedo asegurar que exista
un hacedor de estrellas
pero cuando respiro, sé que se aumenta el mundo.
No sé por qué los astros nos vigilan, atentos, desde su eternidad.
Pero sé que el suspiro de la vida sólo es posible
porque late, limpio, el aire que nos besa.
Somos, sólo, el susurro de la brisa auroral,
el latido vibrante de la música aérea,
el roce milagroso del beso del oxígeno
y como la alegría, sólo sabe brillar.
Defendamos el aire, ingrávido y amante,
defendamos su etérea dimensión intangible,
quién podría cantar sin su armónico pálpito,
quién podría gritar, pedir socorro, sin su filo candente.
Defendamos al aire.
Defendamos al aire como el árbol la savia.
Todo lo que respira, debe su vida al aire.
Todo lo que consuela, debe su llanto al aire.
Todo lo que defiende debe su aliento al aire.
No maltratéis al aire, hijos del sol y el tiempo,
hijos del mar y el viento,
nuestra stirpe es el aire,
nuestra cuna es el aire
en el nombre sagrado de la vida no mancilléis el aire.
ni la cuna, ni el mundo.

Recitación de la autora:

Flamenco:

De la tierra,
esa música viene de la tierra,
viene de la contienda, del asalto, del oscuro atropello
de las arterias del planeta.
Viene de la preponderancia del fuego,
del confuso lenguaje de los yacimientos,
del desconuelo de los minerales,
esa música es ciega como las raíces
y es terca como las semillas.
Sabe a tierra, como la boca de un cadáver,
viene y es de la tierra,
redobla a geología,
esa música es parda como la corteza,
compacta como los diamantes,
no dictamina, sólo muestra
la voraz certidumbre de lo vivo,
el vértigo que va desde el sustrato
a la calamidad que grita.
Esa música narra el agujero
que delata en los hombres su ascendencia,
esa música es toda ese agujero;
un sordo abismo que reclama
la primera soledad, el primer llanto
de la primera noche.

(De: "La otra música.")

Frontera

A Ana Rosa y José María Guelbenzu

Yo, que llegué a la vida demasiado pronto,
que fui —que soy— la que se anticipó,
la que acudió a la cita antes de tiempo
y tuvo que esperar en la consigna
viendo pasar el equipaje de la vida
desde el banco neutral de la deshora.

Yo, que nací en el treinta, cuando es cierto
—como todos sabéis— que nunca debí hacerlo,
que hubiera yo debido meditarlo antes,
tener un poco de paciencia y tino
y no ingresar en ese tiempo loco
que cobra su alquiler en monedas de espanto.

Yo, que vengo pagando mi imprudencia,
que le debo a mi prisa mi miseria,
que hube de trocear mi corazón en mil pedazos
para pagar mi puesto en el desierto,
yo, sabedlo, llegué tarde una vez a la frontera.

Yo, que tanto me había anticipado,
no supe anticiparme un poco más
(al fin y al cabo para pagar
en monedas de sangre y de desdicha
qué pueden importar algunos años).
Yo, que no supe nacer en el cuarenta y cinco,
cometí el desafuero, oídlo,
de llegar tarde a la frontera.

Llegué con los ojos cegados de la infancia
y el corazón en blanco, sin historia.
Llegué (Señor, qué imperdonable)
con nueve años solamente.

Llegué, tal vez al mismo tiempo que él
pero en distinto tiempo.

No lo supe.

(Oh tiempo miserable e injusto.)
Estuve allí —quizá lo vi—
pero era tarde.
Yo era pequeña
y tenía sueño.
Don Antonio era viejo
y también tenía sueño.
(Señor, qué imperdonable:
haber nacido demasiado pronto
y haber llegado demasiado tarde.)

(De: "Los trescientos escalones")

Hace tiempo

A Nati y Jorge Riechmann

Recuerdo que una vez, cuando era niña,
me pareció que el mundo era un desierto.
Los pájaros nos habían abandonado para siempre:
las estrellas no tenían sentido,
y el mar no estaba ya en su sitio,
como si todo hubiera sido un sueño equivocado.

Sé que una vez, cuando era niña,
el mundo fue una tumba, un enorme agujero,
un socavón que se tragó a la vida,
un embudo por el que huyó el futuro.

Es cierto que una vez, allá, en la infancia,
oí el silencio como un grito de arena.
Se callaron las almas, los ríos y mis sienas,
se me calló la sangre, como si de improviso,
sin entender por qué, me hubiesen apagado.

Y el mundo ya no estaba, sólo quedaba yo:
un asombro tan triste como la triste muerte,
una extrañeza rara, húmeda, pegajosa.
Y un odio lacerante, una rabia homicida
que, paciente, ascendía hasta el pecho,
llegaba hasta los dientes haciéndolos crujir.

Es verdad, fue hace tiempo, cuando todo empezaba,
cuando el mundo tenía la dimensión de un hombre,
y yo estaba segura de que un día mi padre volvería
y mientras él cantaba ante su caballete
se quedarían quietos los barcos en el puerto
y la luna saldría con su cara de nata.

Pero no volvió nunca.
Sólo quedan sus cuadros,

sus paisajes, sus barcas,
la luz mediterránea que había en sus pinceles
y una niña que espera en un muelle lejano
y una mujer que sabe que los muertos no mueren.

Fuente:

Poemas del alma: Francisca Aguirre

Ítaca

¿Y quién alguna vez no estuvo en Ítaca?
¿Quién no conoce su áspero panorama,
el anillo de mar que la comprime,
la austera intimidad que nos impone,
el silencio de suma que nos traza?

Ítaca nos resume como un libro,
nos acompaña hacia nosotros mismos,
nos descubre el sonido de la espera.

Porque la espera suena:
mantiene el eco de voces que se han ido.
Ítaca nos denuncia el latido de la vida,
nos hace cómplices de la distancia,
ciegos vigías de una senda
que se va haciendo sin nosotros,
que no podremos olvidar porque
no existe olvido para ignorancia.

Es doloroso despertar un día
y contemplar el mar que nos abraza,
que nos unge de sal y nos bautiza como nuevos hijos.

Recordamos los días del vino compartido,
las palabras, no el eco;
las manos, no el diluido gesto.
Veo el mar que me cerca,
el vago azul por el que te has perdido,
compruebo el horizonte con avidez extenuada,
dejo a los ojos un momento
cumplir su hermoso oficio;
luego, vuelvo la espalda
y encamino mis pasos hacia Ítaca.

*De: Ensayo General: Ítaca.
poesía completa, 1966-2000*

La espera

Lo mejor que podemos hacer es no asustarnos.
Ya sé que no resulta fácil atezar el miedo.
Pero también el miedo une. Es cuestión de saberlo
y no menospreciar esa sabiduría.
Calma, mucha calma,
en medio del terror también se puede tener calma;
casi diría que es imprescindible.
Moverse con cuidado, calcular bien los movimientos:
un paso en falso puede significar la destrucción.
Miedo, naturalmente. Mucho miedo:
nadie quiere desintegrarse.
Pero también el miedo integra. No olvidarlo.
Por descontado: esa tarea no resulta alegre,
pero en casos como el presente
lo más seguro es ver los hechos con realismo.
Nada ayuda tanto como la realidad.
Lo mejor que podemos hacer
es mirar con afecto a la consolación;
cuando se tiene miedo los consuelos no se desprecian.
Cualquiera se puede morir,
pero morir a solas es más largo.
Y si el miedo sigue creciendo,
apoyar una espalda contra otra. Alivia.
Infunde cierta seguridad
mientras dura la espera, Telémaco, hijo mío.

(De: *Ítaca*)

La esperanza

No creo que pudiera decir exactamente
cuántas veces dentro de mí
recorriendo mis entrañas
ha respirado o latido o gritado o temblado
esa cosa que llamamos esperanza
ese fluido desazonador
que nos convierte en seres anhelantes
en criaturas que zozobran
que tiemblan y no saben hacer otra cosa
que mirar en todas direcciones
confiando en que el destino no los defraude.
La de veces que me he sentido rehén
de una cosa tan intangible como la esperanza.
Y el ahogo que nos clausura por dentro
cuando la esperanza no contesta
o nos vuelve la espalda
delicada y decisivamente.
En qué lugar de nuestro cuerpo
nace y muere
esa flor venenosa
que siempre está dispuesta
a cantarnos la balada de lo imposible.
Deberíamos inventar una vacuna
aunque daría igual porque
como todos sabemos
la esperanza es lo último que se pierde.

*(De "Historia de una anatomía,
Premio Nacional de Poesía 2011)*

La herida absurda

*Tinieblas es la luz
donde hay luz sola.
Unamuno*

Pero si tú tienes razón
si tu herida te justifica
y la muerte florece entre tus manos
con el mismo desinterés que la disfrutas
entonces, ignominioso constructor de patrias,
sé un elegido de los dioses y revienta pronto.

Se fue haciendo de noche sin que advirtiera
que llegaban las sombras
tratando de imponer una abstracción
se quedó sin conciencia y todo lo vio claro.
Algunos piensan que es un patriota.

(De: *Herida absurda.*)

La libertad

Una pequeña vida dentro del mundo,
una pequeña parte de otras vidas,
una porción exigua de fragmentos,
un manojó de vagas procedencias,
una pequeña duda frente a tantas
seguridades angustiosas,
una pequeña vida, un torbellino
de desgarrones acorralados,
una epidemia de vacilaciones,
una historia infantil llena de sangre,
un haz de intentos destruidos,
un tiempo amanecido entes de tiempo,
y un resultado, siempre un resultado,
y alguien que llora y se rebela,
alguien que no recuerda en qué momento
se quedó muerto para siempre.

Ensayo general: poesía completa, 1966-2000

El desván de Penélope

La piel

Lo de la piel es realmente asombroso.
Es sorprendente que una cosa tan fina
sea capaz de contener algo
tan inquietante
como lo es el cuerpo humano.
Pareciera que al primer embate la piel
ese tejido tan precario y frágil
caería hecho pedazos
o más bien
hecho polvo.
Pero lo cierto es que resiste
lo verdaderamente raro
es que la piel
resiste más que el corazón
o la cabeza.
A veces las palabras
nos entierran el corazón.
A veces la cabeza nos envenena el corazón.
Pero la piel aguanta
se tiñe de escarlata
y aguanta
le rechinan los poros
pero aguanta.
Es como una armadura
un pequeño telón que nos defiende
contra el dolor que intenta destruirnos.

(De: *Historia de una anatomía*)

Las manos

Pensamos porque tenemos manos
Anaxágoras

Me ha costado muchísimo educarlas
y no estoy muy segura de haberlo conseguido
porque la mayor parte de las veces
actúan por su cuenta se disparan
es como si tuvieran vida propia.

Algunas veces he pensado que solapadamente
sin darle cuenta a nadie
es decir sin decírmelo a mí
que al fin y al cabo soy su dueña
estas dos lagartijas estas aficionadas al tanteo
han conseguido nadie sabe cómo
elaborar una Constitución y no contentas con eso
han llevado adelante un Estatuto
lo que supone para mí un auténtico caos.

Porque no hay forma de poner de acuerdo
a estas dos desgraciadas a estas dos inconscientes
que se pasan la vida peleando
defendiendo con verdadera saña sus derechos:
la solidaridad insobornable de la izquierda
el orden la cordura y el respeto que para sí reclama la derecha.

Mientras el cuerpo el miserable cuerpo del que viven:
el tronco las axilas los brazos y los antebrazos las muñecas
no encuentran la manera de aplacarlas
de hacerles entender que si se empeñan
esto va a terminar en un entierro.

Que lo mejor sería que empezaran
a sacarle provecho a la distancia
al espacio que las separa equitativo

y a disfrutar del ritmo que produce
unirse de improviso una con otra
y jalearse alegremente el hecho sorprendente y audaz
de que por fin la vida nos acerque aunque sea tan sólo
de manera fugaz como era de esperar.

(De *Historia de una anatomía*)

Los bienaventurados

...ellos poseerán la tierra

Los fieles, los constantes,
los condenados a lo eterno,
los asombrados de una sola vez,
los que sólo confían en el miedo,
los que edifican sobre el desengaño,
los cuidadosos que cosechan paso,
los fareros de la rutina,
los cómplices tenaces del trabajo,
los que se mueren razonablemente,
esos que en tantas ocasiones
desearían con urgencia
que hubiese un dios al que pedir socorro.

De: *Ensayo general: poesía completa, 1966-2000*

Los trescientos escalones

A Susy y Margara

Estaba todo quieto en la casa apagada.
Hasta el día siguiente, hasta sabe Dios cuándo
el silencio reinaba como un ídolo antiguo.
No funcionaban las leyes de tráfico,
esas imprescindibles ordenanzas
que hay que acatar para transitar el pasillo.
Es como si la noche propusiera una tregua,
como si al apagar la luz se apagara el peligro.
Escucho. Nada. Todos callen unánimes.
Mirar la oscuridad es profesar de muerto:
los ojos van de lo negro que nos habita
a lo negro que nos envuelve.
Somos los apagados, los ausentes,
los que gavillan tiempo en sus muñecas;
somos los auditores del silencio
y ese silencio es como un túnel por el que sólo avanza el tiempo.
No ver, no estando ciegos, es hundirse en el tiempo.
El armario, con su puerta entreabierta, da a las costas de Francia.
Oigo los barcos que salen o entran por el puerto del Havre.
Veo tres niñas muy contentas, en Barcelona,
porque se iban de viaje:
se acababan los bombardeos,
ya no tendrían que esconderse debajo de aquella escalerita
que conducía a las habitaciones superiores
mientras oían, espantadas, el agudo silbido de las bombas.
Nos íbamos, nos íbamos a Francia.
Y así, llegamos a Bañolas:
nosotras contentísimas de ver el lago,
papá, mamá y la abuela
arrastrando su corazón, empujándolo a la frontera.
París fue para mí, durante mucho tiempo, un gato.
Había un gato en aquella pobre pensión en que vivimos,
un gato que dormía al lado de una estufa.

Yo nunca vi París: tan sólo vi ese gato.
Y nos fuimos al Havre para tomar un barco.
Nosotras con dos muñecos y un monito,
papá con su caja de pinturas y un sueño acorralado,
un sueño convertido en pesadilla,
un sueño multitudinario
arrastrado como único equipaje
por una inmensa procesión de solos.
Pero aquel barco no llegó a su puerto:
esperamos, mientras mamá, para alumbrarnos,
cantaba algunos días El niño judío: "De España vengo, soy española".
No llegó el barco. Llegaron aviones alemanes.
Hubo que caminar a gatas por las habitaciones del hotel,
que estaba frente al puerto.
Aquel hotel tenía un nombre,
se llamaba "La Rotonde de la Gare".
Papá pintaba. Y como Modigliani,
iba a ofrecer sus cuadros a las gentes. Tampoco a él le compraban.
Nosotras aprendimos francés en dos semanas.
El reloj de La Gare ha dado un cuarto,
papá me dice que levante la cara un poco más,
dos o tres pinceladas y termina el retrato.
Mi padre, no sé bien por qué, me pintó de japonesa.
Para siempre quedé con mi abanico,
con los ojos ligeramente oblicuos y asombrados,
en una edad más bien indefinida
y con una diadema de pensamientos sobre el pelo.
Papá, vamos al puerto, vamos al puerto ahora que hay tiempo
y luego vámonos corriendo a ver el Bois des Hallates,
vamos, que se perdió tu cuadro y ya sólo podré verlo contigo y para
siempre.
Papá, perdimos tantas cosas
además de la infancia y los trescientos escalones que tú pintaste
nunca he sabido si para decirnos que había que subirlos o bajarlos.
Y ahora pienso, desde tu mano que me ayudaba a recorrerlos,
que tal vez me dijiste entonces
que había que subirlos y bajarlos

y para eso los pintaste
y para eso pasaste días enteros
pintando una escalera interminable,
una hermosa escalera rodeada de árboles y árboles,
llena de luz y amor,
una escalera para mí,
una escalera para que pudiera subir,
vivir,
y una escalera para descender,
callar,
y sentarme a tu lado como entonces.
Me he levantado para cerrar la puerta del armario.
Está mi casa sosegada,
apenas en el aire zumba tenue la remota sirena de un barco.
Los que más amo duermen:
mi hija, arropada en sus nueve años
y Félix indefenso ante sus treinta y ocho.
Al fin se extingue el eco de los barcos.
vuelvo a la cama.
—Buenas noches, papá. Hasta mañana si Dios quiere.
Que descanses.

(De *Los trescientos escalones*)

Nana del desperdicio

No sé muy bien cómo explicarles lo que resulta ser un desperdicio, porque lo grave de esta historia es que nadie conoce reamente eso que de forma extraña y muy precipitada denominamos desperdicio. En estos casos el bautizo es serio porque sin darnos cuenta, sin reparar si quiera en su importancia, hemos considerado, apresurados, de manera trivial y poco delicada, que aquello que asían nuestras manos aquello de tan difícil catalogación, tan raro, tan absurdo, que apenas si nos atrevíamos a nombrarlo, eso, precisamente, eso, sobraba en nuestro espacio. Tal vez fuera un residuo de algo, un desperdicio propiamente dicho, pero aquel resto, aquel aquello, nos resultaba tan cercano, tan dolorosamente nuestro, tan cargado de asombros y temores, tan parecido a un pequeño animal doméstico, que aguza las orejas para oír si lo llaman, por si de pronto lo llamamos a nuestro lado, porque, desde luego, en nosotros, existe un lado que lo necesita, pero aquel desperdicio, aquel aquello, no habíamos quedado en arrumbarlo entonces, a qué viene esta preocupación por lo trivial? Viene de la música. Viene del ritmo de nuestro desperdicio, aquel aquello canta, tiene la melodía de las cosas mínimas. La canción de los restos. ¿No recuerdas que aquel aquello fue asombroso? Aquel aquello dice: no prescindas de mí. No me abandones. La vida puede ser también un desperdicio.

Fuente: Lectura poética de Francisca Aguirre

Nana de los libros viejos:

Aquel tenducho,
porque verdaderamente aquello era un cuchitril,
una especie de sotanillo al que se entraba
después de bajar unos cuantos peldaños,
aquel escondrijo al que llamábamos la tienda verde,
puesto que su dueño había pintado la fachada de verde,
aquella cueva era, sin embargo, la cueva del tesoro.
Allí, democráticamente apilados, había montones de libros viejos
algunos, viejísimos, tan viejos,
que se les caían las hojas como a los árboles.
Otros, más afortunados, habían sido remendados
como los calcetines o los zapatos.
Porque un libro, señores, es una prenda de abrigo.
Y el dueño de aquella tienda lo sabía.
Por eso nosotras, cuando entrábamos
con nuestro pobre capital,
él nos impartía las oportunas instrucciones
para que nos moviésemos con precaución en su establecimiento.
Nada de manoseos con los libros.
Los libros se desgastan, se estropean,
se les rompen las hojas o se les caen.
Ya no abrigan, ya no sirven, muchísimo cuidado con los libros,
sobre todo con los que están encuadernados.
Un libro encuadernado es algo serio.
Las pastas son como las paredes de una casa.
Y dentro de esa casa podemos encontrar de todo.
Por eso el dueño de la tienda nos decía:
un libro encuadernado es un tesoro.
Y los tesoros, ya se sabe, cuestan caros.
Nosotras mirábamos con avidez los libros.
Sobre todo los viejecitos, los que tenían aire de perro apaleado.
Y eran como de la familia. Y además, tenían la ventaja de ser
muy baratos.
Claro que, como decía el dueño, aquellos pobretones

debían abrigar muy poco, pero nos daba igual.
Ya los arreglaríamos en casa.
Y así, hacíamos tres montones,
y el dueño nos cobraba una peseta
por aquella montaña de desperdicios
aunque antes de marcharnos
nos decía muy claro:
me los tenéis que devolver el lunes.
Y no creáis que no sé yo las hojas que tiene cada uno.
Y el sábado empezaba la aventura.
Porque lo que el librero no sabía era
que en cada libro había una mina,
y a veces, cuanto más viejo el libro, mejor era la mina.
Aquellas páginas marchitas calentaban como una gran hoguera.
Y así, durante muchos sábados y domingos,
rodeadas de desperdicios ilustrados,
vivimos el milagro de abrigarnos
con las maravillosas páginas
de Tolstoi en Resurrección,
o las Aventuras de Mark Twain,
con las desdichas de las Pobres Gentes
de Dowstoyewsky,
con los Viajes de Hullivert,
pasamos hambre con Hamsum, y comimos su pan,
viajamos al espacio y al fondo de los mares con Julio Verne.
Aquellos desperdicios de papel desencuadernados y rotos
fueron para nosotras la deslumbrante Biblioteca de Alejandría.
Nadie ha tenido una universidad más mágica que aquella

*Lectura poética de Francisca Aguirre,
en Centro Cultural Diputación de Málaga.*

Oficio de tinieblas

A Félix

Este oficio, Dios mío, tan precario
de ir conjuntando la mirada y el verbo,
este oficio tan de tanteo, tan de sombras
que persiguen la luz como un ahogado,
este oficio de vísceras que ignoran
y sin embargo sienten,
esta revolución de trogloditas
en busca de la unidad tribal,
Dios mío, qué osadía tan irremediable,
qué desatino necesario
éste de transmitir la vida boca a boca,
de defender al árbol como a un hombre
y defender al hombre como a un planeta,
como a un astro del que depende
el equilibrio de la constelación,

Señor,
y defenderlo con onomatopeyas,
con sílabas, palabras.
Palabras nada más, ayes, quejidos.
Qué oficio, hermanos míos, qué tarea.
Qué oficio tan humilde y ambicioso,
qué meta inalcanzable,
qué hermoso oficio
para dejarse en él la vida entera.

(De: *Los trescientos escalones*, 1977)

Paisajes de papel

A mis hermanas Susy y Margara

Aquella infancia fue más triste.
Ser niño en el cuarenta y dos parecía imposible.
Nuestra niñez era una mezcla de comprensión y aburrimiento.
Éramos serios y aburridos.
Recuerdo aquellas tardes; eran como el mundo era entonces:
sin resquicios y tristes.
Veo a mis pocos años observar con ahínco,
tras el cristal opaco, la calle larga y gris;
el sol estaba lejos y era lo único barato,
lo único que traía alegría sin exigimos nada.
Veo a mi niña, adulta y consecuente
con un programa bien trazado:
crecer, crecer muy pronto, darse prisa
—ser niño era una carga demasiado pesada
para nosotros y para los grandes—.
Sólo en verano el mundo parecía asequible,
durante tres o cuatro meses saltar, correr, era la vida.
Lo gris volvía siempre muy pronto.
Un día amanecemos lentas, crecidas,
llenas de miedo, de presente.
Buscábamos palabras en el diccionario
con el afán de comprenderlo todo:
necesitábamos hacer lenguaje.
Algunos nos miraron con asombro,
decían que éramos inteligentes.
Nosotras, durante los dolientes domingos
dibujábamos inseguros paisajes.
Durante mucho tiempo ésas fueron todas mis excursiones.
Salir a un campo que no fuera pintado
suponía gastar unos zapatos.
Salir, salir, ése era el sueño,
abolir a las trenzas, inaugurar la barra de labios:
¡mi reino por un trabajo!
¿Cómo rendir ahora un homenaje a aquellos días?

¿Cómo añorarlos sin desconfianza?
Se arrugaron, igual que los paisajes de papel,
mientras crecíamos hacia este desconsuelo que hoy nos puebla.

*Fuente: Poesía en el Campus, n.º. 52
Universidad de Zaragoza, 2007*

Propietarios

Porque no poseemos nada,
ni siquiera la vaga sombra de futuro
que a nuestra infancia responsable pervertía.
Porque no somos dueños de nada,
ni aun del propio dolor
que con asombro hemos mirado tantas veces.
Porque, sin duda, tener no es lo nuestro,
y sí soñar desesperadamente
que todo lo tenemos al borde de la mano,
de esta tozuda mano que nos nombra
con más rigor que un apellido.

Dueños de deseirlo todo: qué tristeza.
Dueños del miedo, el polvo, el humo, el viento.

(De: *Ensayo general*, Edit. Calambur)

Qué difícil resulta separar, una a una

Qué difícil resulta separar, una a una,
las capas de la cebolla.
Se adhieren entre sí con una fina telilla
que las unifica y conjunta de manera tenaz.
Cuando intentamos separarlas
las lágrimas acuden a los ojos.
Así el odio se pega, de manera indeleble,
a ciertos corazones,
y resulta imposible retirar esa membrana pegajosa
del órgano que la genera y hace de ella un vínculo
con los enamorados de la muerte.
No lamenta su suerte la cebolla,
ni la conmueven nuestras torpes lágrimas.
Un corazón ahogado por el odio,
envuelto en su coraza transparente,
no es más que una cebolla en el mercado:
un vegetal dispuesto a provocar las lágrimas.
Da lo mismo la mano que lo roce,
él no hace distinciones, no le incumben,
tiene un destino cierto que cumplir:
aniquilar la vida para que brote el llanto.
No lamenta su suerte la cebolla,
ni la lamenta el odio.
Cumplamos pues, también nuestro destino.
Lloremos con impotencia la desgracia
de ver cómo florecen las cebollas
entre los tristes muros de la patria.

Lectura poética de Francisca Aguirre

Testigo de excepción

Un mar, un mar es lo que necesito.
Un mar y no otra cosa, no otra cosa.
Lo demás es pequeño, insuficiente, pobre.
Un mar, un mar es lo que necesito.
No una montaña, un río, un cielo.
No. Nada, nada,
únicamente un mar.
Tampoco quiero flores, manos,
ni un corazón que me consuele.
No quiero un corazón
a cambio de otro corazón.
No quiero que me hablen de amor
a cambio del amor.
Yo sólo quiero un mar:
yo sólo necesito un mar.
Un agua de distancia,
un agua que no escape,
un agua misericordiosa
en que lavar mi corazón
y dejarlo a su orilla
para que sea empujado por sus olas,
lamido por su lengua de sal
que cicatriza heridas.
Un mar, un mar del que ser cómplice.
Un mar al que contarle todo.
Un mar, creedme, necesito un mar,
un mar donde llorar a mares
y que nadie lo note.

De: *Testigo de excepción*
Fuente: *Poemas del Alma*

Tu ignorancia de ti

Hay demasiada ingratitud en ti
para ti mismo, y ella es la que desboca
los caballos de tu desolación
en dirección a todos tus barrancos.
Hay demasiada ingratitud en ti
hacia las alegrías que tú mismo supiste construir,
acaso por descuido, mas que fueron totales
y sólo a ti deudoras. Permíteme decirte
que también anda por tu corazón la vocación de la alegría
tan sólo interceptada
por la opresión de que puede ser breve.
En cuanto a la felicidad, ¿quién la merece y dónde habita?
Tú te dedicas toda ingratitud,
eres avaro. En ocasiones
se diría que te ignoras totalmente,
y es entonces cuando tememos por ti los que te amamos.
Compadécete un poco de nosotros
y mírate a ti mismo con generosidad.

(De *“Ensayo general: poesía completa, 1966-2000.”*)

Y si después de todo, todo fuera

Y si después de todo, todo fuera,
un ir muriendo para al fin morirnos
a qué este loco empeño en convertirnos
en contables de un tiempo que no espera.

Y si resulta que lo cierto era
este sermón que viene a repetirnos
que avanza el huracán para abatirnos
y es inútil y absurda esta carrera.

Entonces, amor mío, ten sosiego,
y aprovecha esta cueva que te ofrezco
y apura el agua que yo no he bebido.

el viento nos arrastra, frío y ciego,
toma mi manta mientras yo envejezco,
amarte de otro modo no he sabido.

Soneto del libro "Ensayo general"

Fuente: Lectura poética de Francisca Aguirre

Bibliografía

- *Ítaca*, Cultura Hispánica, Madrid, 1972.
- *Los trescientos escalones*, *Bartleby Editores*, 1977.
- *La otra música*. Edic. Cultura Hispánica, Madrid, 1978.
- *Ensayo General*, Sociedad de Cultura, Ferrol, 1996.
- *Pavana del desasosiego*, Edic. Torremozas, Madrid, 1999.
- *Ensayo General*. Poesía completa. Calambur Editorial, 2000.
- *Memoria arrodillada*. Edit. Institució Alfons el Magnanim, 2002.
- *Herida absurda*, Bartleby Editores, Madrid, 2006.
- *Nanas para dormir desperdicios*, 2008. Edit. Hiperión, 2007
- *Historia de una anatomía*, Hiperión, Madrid, 2010
- *Detrás de los espejos*, Barleby Editores, 2013
- *Conversaciones con mi animal de compañía*. Ediciones Rilke, 2013.

Para más información, en la Red:

- [Francisca Aguirre en Wikipedia](#)
- [Poesía en el Campus, nº. 52: Francisca Aguirre](#)
- [Lectura Poética, por Francisca Aguirre \(25/06/2012\)](#)
- [En defensa del aire: Recitación por Francisca Aguirre](#)
- [Renglones Zurdos: Francisca Aguirre](#)

Índice

3	Esbozo biográfico
5	Apuesta
6	Cementerio
7	Cuando recuerdo que una vez fui niña
9	Desde fuera
10	Desmesura
11	El préstamo
12	El extraño
14	El último mohicano
16	En defensa del aire
17	Flamenco
18	Frontera
20	Hace tiempo
22	Ítaca
23	La espera
24	La esperanza
25	La herida absurda
26	La libertad
27	La piel
28	Las manos
30	Los bienaventurados
31	Los trescientos escalones
34	Nana del desperdicio
35	Nana de los libros viejos
37	Oficio de tinieblas
38	Paisajes de papel
40	Propietarios
41	Qué difícil resulta separar, una a una
42	Testigo de excepción
43	Tu ignorancia de ti
44	Y si después de todo, todo fuera
45	Bibliografía

Colección de Poesía Crítica

“Entre los poetas míos...”

1:	Ángela Figuera Aymerich	25:	Denise Levertov
2:	León Felipe	26:	Salustiano Martín
3:	Pablo Neruda	27:	César Vallejo
4:	Bertolt Brecht	28:	Óscar Alfaro
5:	Gloria Fuertes	29:	Abdellatif Laabi
6:	Blas de Otero	30:	Elena Cabrejas
7:	Mario Benedetti	31:	Enrique Falcón
8:	Erich Fried	32:	Raúl González Tuñón
9:	Gabriel Celaya	33:	Heberto Padilla
10:	Adrienne Rich	34:	Wole Soyinkawole
11:	Miguel Hernández	35:	Fadwa Tuqan
12:	Roque Dalton	36:	Juan Gelman
13:	Allen Ginsberg	37:	Manuel Scorza
14:	Antonio Orihuela	38:	David Eloy Rodríguez
15:	Isabel Pérez Montalbán	39:	Lawrence Ferlinghetti
16:	Jorge Riechmann	40:	Francisca Aguirre
17:	Ernesto Cardenal	41:	Fayad Jamís
18:	Eduardo Galeano	42:	Luis Cernuda
19:	Marcos Ana	43:	Elvio Romero
20:	Nazim Hikmet	44:	Agostinho Neto
21:	Rafael Alberti	45:	Dunya Mikhail
22:	Nicolás Guillén	46:	David González
23:	Jesús López Pacheco		
24:	Hans Magnus Enzensberg		<i>Continuará</i>

Cuaderno n.º. 40 de Poesía Social

Entre los poetas míos...

FRANCISCA AGUIRRE

OMEGALFA

Julio, 2013

Ω